

SIERRA CASTRO

LA LUNA
SIEMPRE MIENTE



ÍNDICE

LA MENTIROSA LUNA DE SIERRA CASTRO	9
LA LUNA SIEMPRE MIENTE	13
INÉS CONDENADA	21
LECTURA PÓSTUMA	23
METÁFORA.....	25
MÁS APOLO QUE DAFNE	27
CONDENA	29
RUIDO	31
INSOMNIO.....	33
WHATSAPP.....	35
ESPEJOS	37
ILUSIÓN ÓPTICA	39
REPROCHES	41
LA LUNA SIEMPRE MIENTE	43
LA ESTACIÓN.....	45
LO QUE QUEDA DESPUÉS DE HABER SOÑADO.....	47
METAMORFOSIS	49
SIN SEGURO A TODO RIESGO	51
ENCUENTRO.....	53
DESVELO.....	55

INVITACIÓN AL VUELO	57
LA NOCHE NUEVA.....	59
NUBES	61
ABISMO	63
CONFESIONES	65
LA TIERRA SE NOS ABRE EN GIRASOLES	67
LUZ	69
ENTRE MIS DÍAS.....	71
HOY.....	73
TATUAJE	75
ABSOLUCIÓN	77
NI ROMEO NI CALISTO.....	79
EN BUSCA DE MOLINOS Y GIGANTES.....	81
CARPE DIEM	83
ZONA CERO	85
AGRADECIMIENTOS.....	87

LA MENTIROSA LUNA DE SIERRA CASTRO

El tema del amor, desamor, como el de la muerte, es uno de los grandes referentes del poeta en todas las épocas, en todas las culturas. Es algo que se repite a través de los tiempos, sin importar edad, sexo y otras circunstancias. Es plural en la obra de grandes autores, ya sea al comienzo o repetido a lo largo de su carrera literaria.

Hablar de todo, de nada, del entorno, de lo que ya se sabe o se presiente, de lo que duele y quema, y hay que echarlo a volar como pavesas que no se saben nunca a dónde van. Porque el amor, y ya lo dijo Bécquer, cuando se acaba, no sabemos, no hemos sabido aún de su destino.

Sierra Castro me ha entregado, éste su segundo libro de poemas, me lo ha puesto en las manos con el cariño de quien entrega un cofre con sus recuerdos más íntimos, con la confianza de que voy a entenderlos, hechos y transformados en versos y metáforas, en frases que se ajustan a tantos sentimientos encontrados. Con ello queda el pacto cerrado, se comienza una nueva vida, el capítulo anterior se cierra, pero se queda impreso, ahí está.

Y esa es la suerte o la desgracia del poeta, porque en sus poemas quedan presos por siempre, atrapado el recuerdo, el instante, el sentimiento, porque al abrir este cofre que es un libro, saltan momentos como peces voladores que surgen de las aguas.

Nada más abrir la primera página y leer el primer título me aboco con su historia y con su estilo. También a la primera me encuentro condenada: "Inés condenada", reza, pero bien sé que mi condena es verme inmersa en la historia y la cadencia de sus poemas, no poder zafarme del hilo de Ariadna que me lleva a este laberinto de sentimientos encontrados, altibajos, claroscuros. Sierra es una Inés con tacones, una Inés a la que le gustaría ser don Juan. Siempre el mito. La facultad de jugar con las palabras, jugar a ser un dios, rey o mendigo, volver atrás o adelantarse al tiempo.

Al menos, la poesía tiene la facultad de terminar con una vaguedad y un punto final, para luego comenzar en otra página con un título diferente, otra vaga historia amparada en la palabra "póstuma", ya pasó, pero aquí estoy hablando de ella. Es el eterno juego de la vida. Luego titula: "Metáforas", el manto con el que se cubre el poeta, y así adivina adivinanza... y al final, "La luna siempre miente". Porque la luna es la luz de la historia, una luz tan prestada como necia, engañosa, irreal y variable, con influjos y magias que acechan el peligro.

También habría preferido ser Dafne, la ingenua, tal vez para creerse lo increíble. Si crees, es cierto, no sospechas, eres feliz mientras lo vives.

Vuelve después con la condena y el ruido (los recuerdos son ruidos que nos persiguen y nos perturban) y por eso mismo es su condena. ¿Qué delito cometí? Es la pregunta siempre a posteriori: en qué fallamos.

"El insomnio". Habría que ir enumerando títulos de sus propios poemas para hacernos cargo de su contenido. La carencia del sueño es común a la propia preocupación, ahí a veces se fraguan los poemas. Nuestra autora no iba a

ser menos. Se sueñan, se componen en la memoria trastocada de la duermevela.

Sierra Castro construye su obra entre la luz engañosa de Selene y el sol del medio día, su poética, no es premeditada, sí cuidada. Construye su poesía con la fuerza de quien empieza y la sabiduría aprendida. Ésta, su nueva entrega: La luna siempre miente, viene cargada de una mayor maestría en el dominio del tema y el estilo. Ya me cautivó en el primero, por su frescura, su ritmo, la manera de tratar su construcción. Su poesía es personal e intransferible. Ella tiene la facultad de sentirse hormiga, no sólo Don Juan o Doña Inés o la propia Dafne, tiene la capacidad de estar a la altura del tiempo en que le ha tocado vivir, y a su vez ampararse en un clasicismo anterior.

Lo mismo consigue un buen poema hablando del whatsapp, que Blancanieves, Dafne o doña Inés y lo mismo se apoya en la cita de un Juan Ramón Jiménez, Shakespeare, Luis Cernuda u otros poetas actuales, como en ésta que suscribe.

Y por eso para terminar, y agradeciéndoselo, acabaré con la propia cita de mi autoría a la que ella alude en su penúltimo poema: “Hay que vivir deprisa/ sin embargo. / Porque las horas ya/ se me deshacen/ por todos los rincones de mi cuerpo.”

Y éste, su poema, comienza así:

CARPE DIEM

“Ámame hoy.
No esperes a mañana
cuando la piel se escarche y haya abierto la puerta
el cansancio de estar vivo...”

Puede ser que la Luna te mienta, Sierra, pero seguro
que la Poesía nunca te va a mentir.

INÉS MARÍA GUZMÁN

LA LUNA SIEMPRE MIENTE

SIERRA CASTRO

“No jures por la luna, por la inconstante luna, que cambia cada mes en su órbita redonda” le decía Julieta a su Romeo, que le juraba amor por la sagrada luna. Y sin embargo ella rechazaba la luna buscando eternidad. Quizás no supiera ella que nada hay eterno. Las *Julietas* de hoy siguen creyendo en la capacidad transformadora del amor. Pero en la transformación y fin de un ciclo es cuando advierten ellas que “la luna siempre miente”. El título de este poemario tiene mucho que ver con esos ciclos, nunca eternos, que nos presenta la luna y, en este caso, la naturaleza del amor. Porque el amor, como la luna, va pasando por ciclos: lo mismo nos rebosa, nos llena y va creciendo, cuando de pronto mengua. Lo mismo lo contemplamos cerca, se cierne ante nosotros y nos llena de lunas y de cielo, que, igual y de repente, sólo es el reflejo de la luna menguante allá por altamar. Y una vez más la luna nos ha engañado. Como nos engaña la vida o la idea que nos hemos hecho de la vida. Nunca o casi nunca, coincide la imagen de aquello que en los sueños hemos proyectado, con la realidad. La realidad es otra cosa. Y el amor real, el de a pie de calle, también es otra cosa a la que hay que ponerle magia. Pero la magia la ponemos nosotros. Luego queda creer en esa magia. Quizás para eso están los poetas, para hacernos soñar. Ahí la luna se encarga de que la mirada del poeta vaya hilvanando el misterio, la magia y lo trascendente y que unos ojos la miren con la in-

genuidad del niño que la contempla por primera vez y cree poder tocarla. El amor es un poco así: misterioso porque se da o no se da y no atiende razones de ningún tipo; mágico, he de decir que solo al principio, ya el día con su sol y sus correspondientes nubes se encarga de alumbrarlo real. Y lo real no es siempre maravilloso, eso sólo se lo dejamos a García Márquez con la poética del realismo mágico.

Este poemario podría responder a los ciclos de la luna. Predominan en la primera parte los poemas de desamor, no es nada nuevo que el poeta siempre evoque lo perdido. Se canta a lo perdido, a aquello que un día fue y ya no es y en esa ensoñación el poeta da a luz esos versos. No es casualidad que los mejores poemas de amor se gesten en el dolor, en el desamor, en la renuncia. ¿Qué habría sido de Dante si Beatrice le hubiera correspondido? ¿Y qué de Petrarca si la bella Laura hubiera asentido a sus ruegos? ¿Es que hubiera alumbrado sus magníficos sonetos? ¿Y de Boccaccio? ¿Y de Lope o Garcilaso? ¿Qué de Cernuda, Aleixandre o Gil de Biedma? Realmente todos sufrieron por amor, todos padecieron el dolor de ser vivos como diría Rubén Darío. Quizás los versos permitan al poeta salir de la cavidad oscura en la que se adentra. La poesía en ese sentido se convierte en una correspondencia entre el mundo íntimo y aquello que nos rodea. Y los versos, por muy oscuros que sean, pretenden hallar luz o así dejar constancia de una meditación que ansía encontrar su cauce. Mis poemas responden al resultado de un estímulo que ha provocado algo en mí, ya sea dolor, admiración, amor o desamor. Responden a la necesidad de materializar a veces lo inasible. Decía María Victoria Atencia *“El poema es una intimidad confesada, pero que abarca e incluso suplanta la intimidad de quien lo ha escrito”* y así lo entiendo yo. Hay también en el libro poemas de desamor, de aceptación, no sin antes pasar por el sentimien-

to de derrota que deja al ser humano sumido en un vacío existencial. La derrota es la indefensión, la aniquilación de la luz y el camino entre sombras. Pero el ser humano tiene una capacidad sorprendente de resistencia ante la adversidad. Hay algo más trascendente que tira de él y es entonces cuando vuelve a resurgir de entre la nada. Desde la nada la perspectiva cambia. Salimos siendo otros. Desde esa otra que soy yo, también se escribieron versos que aplauden el encuentro, que elogian la llegada y la luz. Encuentro, llegada y luz desde una perspectiva más escéptica, no por ello menos viva, pero sí desde la cicatriz que supone haber vivido ya la lágrima. Esa lágrima que tantas veces contempló la luna mientras resbalaba por mi mejilla. Tantas veces deseaba acaparar la luna, prenderla, escapar de aquí y llenarme de blanco... Me recuerdo de niña contemplando la luna. Y recuerdo también el amor que mi abuelo le profesaba al astro, cuando me señalaba desde la azotea aquellos cráteres que yo acertaba a ver con los catalejos que hacían de telescopio. Aprendí entonces quizás a desahogarme con ella. Ahí estaba ella en mis noches de insomnio, en mi camino sola, prometiendo una magia que solo me perdía. Un día caminando con mi hermano Jesús y hablando de certezas y viejas cicatrices, interrumpí el paseo y hablamos de la luna. De esa capacidad que posee cuando vuelan los ojos más allá de los párpados. *La luna siempre miente* me aseguraba entonces, quizás para decirme que nunca debemos quedarnos sólo en lo aparente, que hay que ir más allá traspasando los límites, que no está bien contemplar las cosas desde un mismo prisma, que la cara de una cosa no siempre es una y no es la misma, que las cosas con frecuencia no siempre son todo lo que parecen. Y que es necesario distender el espacio y relajar los límites porque tal vez ahí empieza la aventura. Gracias, amigo, hermano. Entonces yo ignoraba que aquel día nacía el verso que da título a este poemario.

*A Toni Calvente,
que supo rescatarme de las sombras
y devolver la luz a mis tinieblas,
sumándose a la luz de Julio y Clara.*

*“Descuida, soy sumisa
tu adiestramiento previo ha prosperado:
quien lo ha perdido todo varias veces
reconoce el honor de una derrota”.*

(Canción de la trinchera)

RAQUEL LANSEROS

*“Nunca la posesión está cumplida.
Errático el deseo, el pensamiento.
Todo lo que se tiene es una niebla
y las vidas ajenas son la vida”.*

FELIPE BENÍTEZ REYES



INÉS CONDENADA

Seguro nuestra escena del sofá la habría ansiado Don Juan para su Inés.
Una Inés con tacones, ataviada de negro y sin darle sosiego a los secretos.
Recitando unos versos sin pausa a su Don Juan.
Hubiera ambicionado ese Don Juan a esa Inés transformada,
sin tener que vender su alma al diablo,
dejarla solo abierta entre el sofá y la alfombra,
extendida hacia el cielo de las manos de Inés.
Queriendo comprobar ese milagro de su boca y sus odas.
Ansiando no llegar al desenlace
y eternizando el acto entre los actos.
Y sin embargo tú no quieres ser Don Juan
y recluyes a Inés en su convento.
Vendes su alma al diablo.
Con esmero
vas cerrando los actos y entreactos
y me alejas de toda redención.
Muy a pesar de eso Inés te oye.
Te repites de forma intermitente:
Yo quiero ser Don Juan y no me atrevo.



LECTURA PÓSTUMA

Ya no sirve de nada hacer lecturas póstumas
de las posibles tramas que la vida
tendría preparadas para mí.
Yo siempre había cosido otros zapatos
y también eran otros
mis vestidos. Había lagos y estanques
por los que yo cruzaba. Cadenas montañosas
y cabañas de compañía plena y amor viejo y usado.
Encorvado y enclenque
pero amor.

Y sin embargo hoy el libro es otro.
Otros son los pasajes descriptivos
que minuciosamente se emplean en la etopeya
de ésta más que insolente soledad.
El aire es lento y denso.
Hay poca narración.
La cabaña está helada,
como aquella cabaña en la que Werther
se despedía de Lotte y nunca más se supo.
Como Werther voy leyendo pasajes bien distintos.
El aire no me acoge y se respira muerte
cuando todos los verbos se conjugan
tan solo en singular.
Ya no existen plurales que continúen la trama.



METÁFORA

Tal vez hoy no sea hoy ni mañana sea mañana.
Tal vez tampoco fuera nunca ayer.

Tal vez lo que nos queda solo sea
la metáfora de algo que existió
y no hallamos ahora el término real.

O tal vez solo es
que los términos reales
se resumen tan solo en cotidianas cosas.
Levantán vientos en medio de la casa
aquí junto a la mesa.
Tal vez es que la mesa atesorando espera siempre se halló
infinitamente sola
más allá de las cosas que nos brinda acechándonos,
pues siempre ha estado sola.
Y ahora ya no existen las naranjas, ni el ron,
ni la pequeña lumbre que regala ese aspecto
que recuerda a película.

Tal vez nunca ocurrió que con las velas
y la comida puesta postergáramos todo
para anclarnos unidos a órbitas ingravidas.

Solos
con el idioma de la piel
sabiéndonos fugaces, vulnerables.
Entendiendo ese espacio en que la vida
sólo por un momento cobra su sentido.

Tal vez eso fue ayer y hoy ya no existe.

MÁS APOLO QUE DAFNE

Hubiera preferido ser Dafne. No amar nunca.
Que fuera solo Apolo el que sufriera.
Debí haberme bañado en otro río
que no fuesen tus ojos afilados sin curso ni caudal.
Tendría que haber pensado en detenerme
y sentarme en las márgenes del mismo,
acariciar el agua y sus conquistas
ponerle alas al suelo y degollar raíces.
No debí besar nunca el sueño aquel,
ni convertirme en ninfa llamándote incansable
mientras seguía flotando en la madera
de aquello que podía haber sido historia
y hoy se resume en mito
sin su carácter mágico.



CONDENA

I

“Allá, allá lejos donde habite el olvido”

Luis Cernuda

Hay lugares por siempre declarados
como fieles enemigos del olvido.

Son lugares
que llevan la impronta de tu nombre.
Son lugares contigo,
desahuciados
por las malditas órdenes del viento.

Los cruces, las esquinas y los pájaros
se me rompen cansados en los ojos.
Se van haciendo trizas crepúsculos y albas.
Las calles se hacen pozos,
los soles, agujeros,
las aceras, desiertos,
y es todo la condena
y el precipicio abierto al desengaño.

II

Son vastos los caminos que, de azules,
pasaron a amarillo, casi cítrico,
en medio de tu gesto irreverente.
Ya ni siquiera queda el espejismo
de aquellos horizontes afrutados
que en pie te sostenían.

Hoy tan sólo son túneles
contagiados de vértigo y estériles de amor.
Hoy tan sólo se aloja entre mis venas
litros del zumo agrio de la estafa.

RUIDO

Hablar de ti es hoy hablar de ruido.
La música traiciona los secretos
si me detengo así a oír lo que dicen las letras de poetas
que le lloran al eco del ángel extraviado.

Yo así decido entonces cambiar esta frecuencia
con que te me rebelas
y escucho carnavales, sevillanas, verdiales.
Me meto a trompetista en la estación de metro,
a bailarina elástica que pierde el equilibrio
en medio de la vía,
a piloto de avión en medio del Sahara
donde el calor derrite los aviones
y las alas de pronto son las de un gorrión
desvencijado y débil
y salto hacia el vacío del desierto,
con la trompeta, el tul de bailarina,
con alas de gorrión,
cansado y tierno.

Y creo estar allí estar viéndote, claro,
confuso, loco y fuerte al mismo tiempo.
Allí eres mi sultán, guardas el fuego.
Me cedes el turbante. Me transformas en agua.
Allí soy solo agua del espejismo exacto
que hoy vivo y te regalo.

Será que la verdad es sólo eso:
que equivoqué el paisaje y la frecuencia.
Y hablar de amor es hoy hablar de nada.

INSOMNIO

Tres de la madrugada.
Sirenas de ambulancias en lo oscuro.
Me ha interrumpido el sueño en medio de una marcha
imperial hacia la nada.
He entreabierto los ojos
y a los lados tan sólo oscuridad
y las sirenas cada vez más de cerca
escupen en mis sienes.
Es un aviso.
Trasladan lo que queda de mi alma
después de ti:
la exhalación de un último suspiro
en medio de una lesión irreversible.
Ha entrado en coma, le fallaron las fuerzas.
Ya no podía más de soledad.
No la salvó el suspiro.

